

REVISTA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES

PUBLICACION DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

SECCION EDITORIAL

EL INSTITUTO MILITAR DE INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS "AGUSTIN CODAZZI"

Colombia es un país prodigiosamente dotado por la naturaleza con toda clase de elementos útiles al hombre; pero será un país desconocido por sus propios habitantes, si los que tienen feliz acceso a las fuentes de investigación científica, biólogos y químicos, geólogos y mineralogistas, botánicos y físicos, no se aplican, con el desinterés de la pura especulación, a desentrañar las recónditas leyes y propiedades de los cuerpos, para que otros hallen su aplicación práctica y su utilización en la producción de riqueza o en la defensa de la persona humana.

(Del discurso del Excmo. Señor Presidente de la República, en respuesta al homenaje que le tributó el Cuerpo Médico de Colombia).

Si consideráramos que la fisonomía de la Patria se modela con el modo de utilización de sus recursos, como una criatura con la leche materna, nos daríamos cuenta de que el destino de nuestras riquezas naturales es algo sagrado, que no debe oficiarse por manos extrañas.

L. M. M.

("Colombia, un Archipiélago Biológico") (1)

DEL ORIGEN Y MISION DEL INSTITUTO

El título compendia exactamente cuanto debe ser esta admirable institución; es decir: un organismo para el conocimiento científico, fervoroso y vigilante del territorio patrio, y el homenaje ecuménico al sabio geógrafo de la Comisión Corográfica, que produjo —en diez años de apasionada labor, interrumpida en plena selva por la muerte (1859)—, los elementos que servirían para levantar y dar a conocer más tarde, al mundo científico, el "Atlas Geográfico-Histórico de la República de Colombia".

(1) Editorial de la Revista, (Nros. 36-37).

La Comisión Corográfica, como la Expedición Botánica, se parecen por la intención de sus creadores, la apasionada virtud de sus ejecutores, la brillantez y eficacia de la realización e, infortunadamente, también, por la inmediata y triste historia de su destino: indolente archivo de los materiales y documentos durante largos años, indiferencia, depredaciones...

Este fenómeno podría explicarse por el carácter esporádico de nuestra cultura, representada siempre por unos pocos hombres dedicados al estudio, que suelen vivir aislados en torres de marfil y en contraste con masas humanas que vegetan al margen de toda preocupación intelectual, o inquietadas por demagogos. De este modo, esos mo-

numentos de cultura, como la Expedición de Mutis o la Comisión de Codazzi, tuvieron una razón singular para proyectarse, y se llevaron a cabo con lujo de eficiencia; pero su contenido fue tan extraordinario, que obnubiló a esa masa heterogénea, incapacitada o entregada a las eternas y perniciosas preocupaciones de la politiquería..., vicio que, por otra parte, ha inhibido el noble ejercicio de la política.

La Comisión Corográfica, que se ha recreado en el Instituto Militar de Investigaciones Geográficas "Agustín Codazzi", tuvo una inspirada concepción al tratar de conciliar los esfuerzos y las especialidades investigativas que se orientaban hacia el conocimiento del país. Así, y hasta donde lo permitían las posibilidades de entonces, se llevó a cabo su levantamiento geográfico, el estudio de las costumbres de sus gentes, la relación de sus climas y bellezas naturales y la investigación de su flora. Eran militares y civiles que en íntimo consorcio trataban de fijar la imagen de la Patria.

Y la universalización de esta imagen es importante, pues ocurre que el sentimiento patrio suele limitarse a la ofrenda estereotipada hacia símbolos sacratísimos, pero rendida, habitualmente, al margen del maternal suelo que representan. Cito, a este propósito, al sabio botánico Tobías Lasser, del Ministerio de Agricultura de Venezuela, quien pone en el frontispicio de su obra **NUESTRO DESTINO FRENTE A NUESTRA NATURALEZA**, la siguiente sentencia: *sólo podemos amar aquello que conocemos y sólo podemos proteger aquello que amamos.*

Por esta razón me parece que el Instituto debe inspirarse en ese postulado, tratando de congregarse en un sólo organismo cuanto corresponda al conocimiento de nuestra nacionalidad, para difundir su enseñanza amorosamente, pero sin olvidar que la Patria también es espíritu, y que más íntimamente que a la geografía del país y a sus riquezas naturales, estamos vinculados a su tradición, con su habla, su religión y sus elevados ideales republicanos, así bolivarianos como santanderistas. A qué insignificancia se reduciría nuestro patrimonio, a pesar de todas las riquezas físicas que la tierra pudiera darnos, si ya no fuera nuestra la lengua materna, porque el pueblo, embrujado por las foráneas, la hubiera olvidado; si hubiéramos reemplazado la religión de

nuestros mayores por un proselitismo protestante, como si fuéramos catecúmenos; si los valores de la ética ya no fueran absolutos, porque hubieran ido a parar a los vaivenes de cualquier mercado de la bolsa; y si los ismos abominables de la moda, advenedizos en el proceso del difícil desarrollo del arte, hubieran pervertido nuestro sentido estético. . . En la voz de Dostoiewski, intuitiva, misteriosa y hierática, encontramos, a propósito, la siguiente admonición, tomada de su gran oración pronunciada en homenaje a Pushkin, el poeta del pueblo ruso: *humíllate y abrázate a tu tierra natal! No busques la verdad fuera; no está fuera de tí, está en tí mismo; búscala en tí, apodérate de ella y la comprenderás.*

Sin duda alguna esta misión, concebida con tan celosa altura, es consustancial con la idiosincrasia de nuestra nacionalidad y con la democracia estructurada según los derechos humanos.

DE LA ORGANIZACION. — Aunque el Instituto ha recibido una reciente reforma, pienso que tal estructura no será inamovible, dada la grave finalidad de sus objetivos y su ductilidad, siempre sometida al decurso incierto de los descubrimientos científicos. Así como la inclusión del estudio de la flora en la Comisión Corográfica, descubre la intención que sus promotores tuvieron, de rehacer con ella la Expedición Botánica, de igual manera el Instituto ha mostrado ya el interés de orientar su plan de trabajo, no sólo hacia el escueto levantamiento de la carta topográfica del país, con sus correspondientes estudios de geodesia, aerofotogrametría y cartografía, sino también, hacia las ciencias geofísicas y naturales, encaminadas por el objetivo económico de las riquezas de la tierra; tal es la creación de las secciones de geofísica, fotogeología y agrología.

Pero como esta última ciencia no se reduce a una mera clasificación de tierras por su acidez y composición química, sino que representa el "estudio del suelo en sus relaciones con la vegetación", o sea el conocimiento de la edafología, la geobotánica y la ecología con sus imprescindibles ciencias aliadas, como la climatología etc., y, como consecuencia, el estudio de la vida animal y del hombre, podría decirse que la institución de investigaciones geográficas tiende a convertirse en un organismo como ese para la ciencia y la técnica, proyectado por el ex-rector de la Universidad Na-



Dibujo de J. A. Astudillo.

INSTITUTO MILITAR DE INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS "AGUSTIN CODAZZI"

Fachada principal, que muestra la torre de treinta metros de altura, en donde está instalado el Péndulo de Foucault.

cional, doctor Jorge Vergara Delgado (1), circunstancia que ahora se relieves con el acierto de José Ignacio Ruiz, quien buscó para la fabricación de su gran institución geográfica, los mismos predios de la Ciudad Universitaria.

Este organismo de tal manera constituido, comprendería el viejo anhelo, muchas veces deseado, de centralizar todas las funciones de investigación científica de la Nación. Al decir centralizar, no propongo un problema regional; apenas quiero referirme a la unidad de la institución.

Si la tesis expuesta se aceptara, el Instituto de Investigaciones geográficas "Agustín Codazzi" podría convertirse en el más perfecto modelo de colaboración y coordinación científica, con los siguientes básicos servicios: geodesia, geofísica, aerofotogrametría, cartografía, fronteras y deslindes, geología, fotogeología, mineralogía, botánica sistemática y fisiológica, geobotánica, agrología, zoología sistemática y biológica, zoogeografía, antropología, climatología, ecología etc., más un gran museo nacional de ciencias naturales.

Pero al aludir al proyecto del ex-rector de la Universidad Nacional, debe pensarse, además, en un departamento de investigaciones técnicas, que debería estar destinado al control del desarrollo de la industria en general; de la manufactura de drogas; de la importación, manufactura y uso de pesticidas para la defensa agropecuaria etc. Jamás podría dudarse de que las barreras aduaneras son el principal acicate de la industria, pero sólo una cuidadosa vigilancia técnica puede darla de manera que nos produzca confianza y nos enorgullezca. Nuestra aspiración no debe ser la grosera imitación de los artículos que importábamos, presentados bajo el engañoso señuelo de marcas extranjeras, sino la creación depurada de todas nuestras manufacturas, que entonces podríamos lucir con distintivos autóctonos. Pero esta superación no podría alcanzarse jamás por propia iniciativa de los industriales, ordinariamente más preocupados por una hipertrófica producción económica de sus empresas, sino por la eficiente fiscalización de todas las manufacturas que se produzcan en el país, especialmente de aquellas que atañen a la salud humana y a las industrias agrícolas, pues es donde mayormente

pueden ocurrir engaños y simulaciones de tremendas consecuencias.

UNA MISION IMPONDERABLE. — El Instituto de Investigaciones Geográficas podría ser el eje de todas las actividades fundamentales de la Nación, tanto por su naturaleza como por el carácter de sus funcionarios, que son las Fuerzas Armadas unidas armoniosamente a las más destacadas inteligencias dedicadas a la investigación científica. En realidad este consorcio es una tradición de la Comisión Corográfica, ya aceptada en forma ejemplar y enaltecida por el ministro de la guerra, general Gabriel París, y que representa, de otro modo, el abrazo fraterno entre las instituciones militares y la flor y nata de las fuerzas civiles de la República.

He pensado muchas veces en que la misión de las Fuerzas Armadas, nobilísima y necesaria para cuanto atañe al mantenimiento de la paz y la defensa de la soberanía nacional, debería servir, por su altiva posición orgullosamente emancipada de las apetencias de la política, en esas trascendentales tareas (también inmanentes de la soberanía) del estudio y guarda de nuestros recursos naturales, tan fáciles de perder si no se les cuida científica y amorosamente. Por esto, cuando quien estas líneas escribe era sub-director del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, invitó a su viejo amigo y condiscípulo Gustavo Rojas Pinilla, entonces coronel del ejército, a que visitara aquella incipiente organización y emprendieran los dos un movimiento hacia una mutua colaboración de civiles y militares por el reconocimiento de la naturaleza del país. Ocurre, con no poca frecuencia, que el militar tiene manera de científico, carácter que lejos de oponerse a sus principios, los exalta y vivifica. Así su contribución sería valiosa en nuestro caso, por el concurso de los oficiales que se especializaran en estos estudios y por la de los soldados que, cuando salen a sus ejercicios de campaña, recolectaran material para estudio y para la formación del museo nacional de ciencias. El entonces jefe del Estado Mayor, general Domingo Espinel, protocolizó esta idea iniciada con entusiasmo por el coronel Rojas Pinilla y por mí, pero sin que se hubiera presentado la oportunidad de hacerla viable. Ahora el General Presidente podría dar curso a nuestra iniciativa de entonces, sirviendo como base el Instituto Geográfico.

(1) "Exposición de motivos del proyecto sobre institutos de investigaciones científicas y técnicas, anexo a la Universidad".

DE LOS INVESTIGADORES. — El Instituto Geográfico cuenta con un personal de excelsa calidad por su pulcritud y sabiduría, tomado de una rica e intachable tradición de militares e ingenieros, pero, infortunadamente, por carencia de escuelas dedicadas a la enseñanza de las ciencias naturales, no hay tradición para ellas, y sólo existen muy pocas personas consagradas a su estudio, circunstancia que unida a un ambiente estéril para esas disciplinas, haría dificultosa la tarea de conseguir todos los profesionales hábiles que un gran desarrollo científico hiciera necesarios. Así una improvisada búsqueda de estos ele-

da de la humanidad. Así, a medida que el hombre ha ido sintiendo en su carne los mordiscos de esa fiera desencadenada que es la ciencia creada al margen de la caridad y la afectividad —ya sea por físico temor o sentido ético—, ha tratado de dominar al “aprendiz de brujo” que en sus manos locas está tratando de romper el equilibrio del mundo, y ha principiado a mirar con menos indiferencia a aquellos sujetos que más o menos trafican con la ciencia, aun a los que apenas la tocan superficialmente. Por estas consideraciones no es extraño que el doctor Vergara Delgado, al tratar de las características morales que a su



Belisario Ruiz Wilches, el fundador.

mentos, ya nacionales o foráneos, podría conducir a graves equivocaciones, por lo que conviene que estas tareas se inicien con lentitud pero ponderadamente.

Aunque los problemas científicos hasta ahora no han tenido un intensivo desarrollo entre nosotros, existe la seguridad, por los indicios de nuestras riquezas naturales, de que tal fenómeno se trocará, para el futuro, en desorbitada empresa de exploraciones investigativas, por lo que conviene mirar con sentido humanístico cuanto corresponde a esas tareas, que comienzan por ser intrascendentes y terminan por transtornar la vi-

juicio ha de tener el investigador, escriba esta indiscutible sentencia: **COMO CUALIDAD HUMANA INDISPENSABLE, LA HONESTIDAD MENTAL**, y continúa: *Las demás, exigidas al profesor, pueden faltarle en estrictu sensu. Su misma actividad puede impedirle la radicación en un mismo sitio, el cumplimiento estricto de horarios, la sujeción a ciertas disciplinas; puede ser huraño y abstraído, tímido o de modales poco transitivos. Con todos estos defectos y otros más, se puede ser un excelente investigador...* Quizá el distinguido filósofo y moralista, al aludir a la honestidad, pensaba en

esos melancólicos vicios tropicales que suelen ir en coyunda, como la simulación y la ignorancia, la envidia y la falta de honradez, el desordenado apetito de lucro y la audacia atrevida.

Termino este capítulo dedicado a la investigación y a los investigadores, con la transcripción del pensamiento de Vergara Delgado sobre dos aberrantes problemas nacionales, que merecen especial meditación:

SOBRE LA IMPORTANCIA DE APAREJAR LA CULTURA CON LA TECNICA:

Nosotros estamos abandonando las disciplinas culturizantes dizque porque la vida moderna no necesita humanistas sino técnicos. Y tampoco estamos produciendo técnicos; si continuamos así, agregamos a nuestro coloniaje técnico nuestro coloniaje intelectual. El mundo está a punto de destruirse con los técnicos y con la técnica. Sólo lo están deteniendo los santos. Los que conocemos y no conocemos.

Nosotros necesitamos muchos técnicos, pero simultáneamente muchos hombres cultos, que pueden y deben ser los mismos.

SOBRE LA HIPERTROFIA DE NUESTRAS INVESTIGACIONES: *En el campo de las ciencias exactas necesitamos incrementar las ciencias físico-químicas y matemáticas. En el campo de las ciencias naturales incrementar las ciencias fisiológicas, pues ha habido una nociva hipertrofia de las morfológicas y taxonómicas. Esto nos permitirá formar algo que está muy rudimentario entre nosotros, que es la formación de biólogos.*

DEL SENTIDO DE LA ESTETICA. — El Instituto no sólo ha sido servido por un personal sabio y éticamente constituido; también ese personal ha aportado otra virtud no menos hermosa que debería acompañar siempre a toda obra científica: el sentido poético, la delectación por la belleza, el homenaje perenne a la obra de Dios. Esta calidad la conozco especialmente manifestada en los dos directores que ha tenido el Instituto, los dos miembros destacados de nuestra Academia: el fundador de la obra, doctor Belisario Ruiz Wilches y el doctor José Ignacio Ruiz, su director actual; ambos matemáticos, astrónomos, escritores atildados y poetas.

José Ignacio Ruiz cuenta en las memorias del

Instituto que se publican en este volumen, una encantadora anécdota de Ruiz Wilches, que afirma el valor de esta personalidad, y es que en alguna de sus comisiones internacionales de límites, recriminaba a alguno de sus colegas de esta manera: *te tolero que me hayas dicho que toda la música de Wagner no es otra cosa que una larga y ruidosa misa mayor, pero que este sublime pasaje de Shakespeare no te conmueva, eso sí no te lo tolero!* Pero además se presenta en estos hombres desinteresados una mística por sus ideales, que contemplan siempre a través de la ciencia. Así nos conmueve Ruiz Wilches cuando en su discurso pronunciado en la Sorbona en 1937, ante el Congreso de Naciones Americanas organizado bajo el patrocinio de la Universidad de París, decía: *Si esta cultura (la francesa) difiere de las otras del continente americano en alguna de sus modalidades, su forma permanece idéntica en lo que respecta a los ideales que le sirven de base: la libertad y el gusto por la verdad y la belleza.*

Precisamente en ese discurso se hacía mención del futuro trabajo del Instituto Geográfico, que ya había emprendido el levantamiento topográfico de nuestro país, empleando el moderno sistema aerofotogramétrico, apoyado en una red constituida por una serie de puntos astronómicos determinados con exactitud y ligados entre sí por una cadena de mediciones geodésicas. El doctor Ruiz Wilches daba, en su discurso, la siguiente versión de la geografía americana de esa época:

La Carta geográfica de la América Latina está apenas en vía de ejecución, pues en todas las naciones donde se la ha emprendido, permanece todavía en estado embrionario, y no hay un solo país que la haya levantado en más de 20% de su territorio en la escala de 1:100.000. Este trabajo presenta un carácter de urgencia absoluta si se quieren establecer con certeza los proyectos de vías internacionales de comunicaciones; y no insisto sobre la importancia de semejante mapa, para que en el interior de cada Estado progresen los caminos, la agricultura, el catastro etc.

Escasamente se tienen en cada uno de nuestros países cartas al 1:1.000.000, y aún no se puede garantizar que estas correspondan en esa pequeña escala, en la totalidad del territorio, con los accidentes orográficos e hidrográficos que se quieren representar.

* * *

El director actual, José Ignacio Ruiz, es un sacerdote de la ciencia con todas las jerarquías; quiero decir que es sabio, humanista, eficiente trabajador, poeta y escritor. Además, como amigo y colega, es un gentil y generoso señor; así, al presentar la obra del Instituto Geográfico, se olvida de sí mismo, para señalar con admiración la de sus magníficos colegas.

Fue José Ignacio quien sugirió la Isla de "El Santuario" de la Laguna de Fúquene, paraíso del Mohán Jetón Ferro (1), para observatorio magnético del Instituto Geográfico. Oigamos sus pa-

instalaremos instrumental meteorológico. Aquí podríamos estudiar también los rayos cósmicos. ¿Por qué no habría de salir de este sosegado ambiente, propicio a la meditación, algún descubrimiento trascendental que ligue a Colombia al desarrollo ecuménico de la cultura y de la civilización?... Y como el doctor Ruiz no podía dejar de ser filósofo, al cantar a la isla fuqueneña en un hermoso soneto, lo concluye de esta manera:

*Y las tranquilas sombras de tus verdes pinares
a meditar convidan, en su reposo eterno,
aquel nosce te ipsum de la doctrina eólica.*



José Ignacio Ruiz, el sucesor.

labras dirigidas al Mohán, cuando tomaba posesión de la eglógica isla:

Os prometemos formalmente cuidarla y amarla. Erigiremos aquí, procurando no perturbar su ambiente romántico, un templo a Minerva y a Apolo. Primero el observatorio magnético; después vendrá una estación sismológica, más tarde

(1) Mohán Jetón Ferro fue el apodo amable que dieron sus admiradores y amigos, al sin igual ingenio bogotano Antonio Ferro, miembro de la célebre asociación de poetas y humoristas conocida con el nombre de "La Gruta Simbólica". Ferro, señor de la isla de "El Santuario", hizo de ella un centro de preocupaciones artísticas, siempre sostenidas por el ingenio y la sana alegría.

NOTA FINAL. — La obra del Instituto Geográfico, a la cual rinde homenaje encarecido la dirección de la Revista de la Academia de Ciencias, cuenta, por encomiable obra del Gobierno, con el mejor y más bello edificio de la Ciudad Universitaria, dotado de todos los elementos modernos y de un personal eficiente para llevar a cabo el mapa (la fotografía de nuestra Patria), con toda la perfección dada por el moderno sistema aerofotogramétrico, y a un plazo de diez años, según lo ha dispuesto el Ministerio de la Guerra. El Instituto cuenta además, con un observatorio magnético y con algunas estaciones en Bogotá,

Suba, Medellín, Cartagena, Cúcuta, Cali y Mitú, y que tienen por objeto determinar, periódicamente, los elementos magnéticos de declinación, inclinación e intensidad horizontal, para calcular su variación anual y precisar las posibles anomalías que se puedan presentar en cualquiera de los puntos intermedios de observación.

El hermoso edificio tiene una torre de 30 metros de altura, dedicada a un gran péndulo de Foucault, que demostrará, en forma objetiva, el movimiento de rotación de nuestro planeta; y en el jardín, rodeado por un estanque, será instalado

un gran planetario. Estas dos instalaciones contribuirán al prestigio cultural de nuestra ciudad, y servirán para vincular al hombre común y al pueblo en general, a ese fuero de las estrellas.

Nuestra voz de aplauso y nuestras felicitaciones, para quienes han contribuido a esta grandiosa obra, entre ellos, el general Gabriel París, el doctor José Ignacio Ruiz, el coronel Luis Laverde Goubert y los demás distinguidos miembros colaboradores, de algunos de los cuales hacemos una presentación especial en el presente volumen.

LUIS MARIA MURILLO



AGUSTIN CODAZZI

Entre los hombres científicos que prestaron servicios a la República en el siglo pasado, se destaca, en primera línea, el Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi, prócer de la Independencia, experto geógrafo, notable matemático, naturalista, etc.

Nació en Lugo, pintoresco rincón de la Romaña, el 10 de julio de 1793. Después de haber hecho sus primeras letras en su pueblo natal, pasó a Bolonia con ánimo de seguir la carrera militar. Admitido en el ejército como voluntario a los 16 años, dio pronto muestras de habilidad poco común para las matemáticas; entonces fue enviado a la Universidad de Pavia para que concluyera sus estudios. En 1812 viajó a Francia y tomó parte activa en numerosas batallas distinguiéndose por su valor y su pericia. Regresó a Italia y se retiró del ejército, dedicándose por algún tiempo al comercio. Con un modesto cargamento de mercancías se embarcó para Turquía en busca de fortuna, más con tan mala suerte, que el barco naufragó y apenas sí pudo salvarse a nado gracias a su arrojo y serenidad. Después de muchas privaciones y aventuras resolvió ir a América y ofrecer sus servicios a la causa de la Libertad. Se dirigió a Amsterdam y de allí a los Estados Unidos. En el puerto de Baltimore, en 1818, fue admitido por Villaret en el bergantín "América Libre" con el grado de Teniente de Artillería. Este bergantín pasó a la escuadra de Aurín y luego se unió a la del Almirante Brion. Sus servicios a la causa de la Independencia de la Gran Colombia fueron grandes y valiosísimos, llegando por sus méritos y hazañas a ser inscrito en la "Orden de los Libertadores" y a obtener el grado de Coronel. A principios de 1823 regresó a Italia lleno de ilusiones y con algunos haberes. Habiendo fracasado por segunda vez en su patria, tornó a América en 1826. Radicado en Venezuela, de nuevo fueron apreciados sus servicios; así desempeñó diversos cargos relacionados con trabajos de ingeniería. Por algún



RETRATO DE CODAZZI POR CARMELO FERNANDEZ
El pintor Carmelo Fernández, considerado como el más destacado dibujante de la Comisión Corográfica, nació en Guama (Venezuela), y era sobrino del General José A. Páez. Sus dotes artísticas hicieron que su tío lo enviase a la Escuela de Bellas Artes de los Estados Unidos. Vuelto a Venezuela ocupó el cargo de comandante de Ingenieros y luego colaboró con Codazzi en la elaboración del Atlas y Geografía de Venezuela (1831-1839). Viajó después a Europa donde se perfeccionó aún más en su arte. De resultas de las luchas políticas de su patria, se refugió en la Nueva Granada, donde se le ocupó en la Comisión Corográfica como dibujante. A fines de 1851 se retiró de la Comisión. Volvió a Europa y más tarde se estableció en Caracas, en donde murió (1877), siendo profesor de la Escuela de Bellas Artes de esa ciudad.

E. A. L.

tiempo fue también jefe del Estado Mayor. Disuelta la Gran Colombia, el general Páez, presidente de Venezuela, le encomendó la ejecución de una geografía y un atlas de todas las provincias de ese país. El éxito de estas obras le llenaron de honores y las Academias de París, Berlín y Londres, le hicieron miembro de sus entidades. Después de un nuevo viaje por Europa, regresó a Venezuela. Las luchas intestinas de la vecina república, le obligaron a emigrar y refugiarse en Bogotá hacia 1849. Fue entonces cuando el general Mosquera lo llamó para que realizara en este país una obra semejante a la que había ejecutado en Venezuela. Formalizado el contrato con el gobierno, dió comienzo al estudio del país al frente de la llamada "Comisión Corográfica de Colombia", y en la que tomaron parte científicos nacionales de gran valía como Manuel Ancizar, Manuel M. Paz, José Jerónimo Triana, Ramón Guerra Azuola, Santiago Pérez y artistas como Carmelo Fernández (venezolano) y Enrique Price.

En 1854 fue ascendido Agustín Codazzi al grado de General de Ingenieros y nombrado Jefe del Estado Mayor, como reconocimiento de sus servicios a la causa de la legitimidad por la cual luchó, siendo memorable su acción del 4 de diciembre de ese año.

Seis años debía durar la Comisión y se emplearon diez, quedando inconclusa por la muerte de Codazzi ocurrida en la tarde del 7 de febrero de 1859, en el pueblo del Espíritu Santo, cuando se disponía a explorar y a estudiar la Sierra Nevada de Santa Marta. Su obra ha sido, hasta hoy, la base de los estudios geográficos del país. En sus mapas han aprendido a conocer a la nación varias generaciones de colombianos.

Sus restos permanecieron algunos años en la selva, hasta que fueron trasladados a Bogotá. Hoy reposan en Venezuela, en la catedral de Valencia.

Eduardo Acevedo Latorre